

ADLAF CONGRESO 2016

Violencia y desigualdad

Svenja Blanke
Sabine Kurtenbach
(coords.)

FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG



NUEVA
SOCIEDAD

Violencia y desigualdad : ADLAF Congreso 2016 / Jefferson Jaramillo Marín ...
[et al.] ; coordinación general de Svenja Blanke; Sabine Kurtenbach;
prólogo de José Mujica. – 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Nueva Sociedad: Friedrich-Ebert-Stiftung: ADLAF, 2017.
256 p.; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-95677-9-1

1. Desigualdad. 2. Violencia. 3. América Latina. I. Jaramillo Marín, Jefferson II.
Blanke, Svenja, coord. III. Kurtenbach, Sabine, coord. IV. Mujica, José, prolog.
CDD 303

Primera edición: 2017

Corrección: Germán Conde, Vera Giaconi,
Kristie Robinson y Eduardo Szklarz

Diseño y diagramación: Fabiana Di Matteo

Fotografías de portada: Heinrich Sassenfeld, Shutterstock

© 2017 Fundación Foro Nueva Sociedad,
ADLAF, Friedrich-Ebert-Stiftung
Defensa 1111, 1º A, C1065AAU
Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-95677-9-1

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Prólogo <i>José Mujica</i>	9
Introducción <i>Svenja Blanke / Sabine Kurtenbach</i>	13
Persistencia, cambio y memoria	
Pasados y presentes de la violencia en Colombia. Marcos de diagnóstico, núcleos duros interpretativos y preguntas para desafiar el porvenir <i>Jefferson Jaramillo Marín</i>	19
Violencia y toma de decisiones políticas en Argentina y México de la postindependencia <i>Silke Hensel / Stephan Ruderer</i>	35
¿Una vaca = una vida? Reparaciones y desigualdad en comunidades posconflictos del Perú <i>Elisabeth Bunselmeyer</i>	52
Género y evolución de la justicia transicional. El caso de las reparaciones a víctimas de violencia política sexualizada en Argentina, Guatemala, Perú y Colombia <i>Rosario Figari Layús / Anika Oettler</i>	64
Desigualdades sociales, justicia transicional y posconflicto en Colombia <i>Laura Rivera Revelo / Stefan Peters</i>	79

Representación y performatividad

Nova arte da memória no Brasil
Márcio Seligmann-Silva 99

Sobre estética y contrapoder: la emergencia de espacios
artísticos de protesta en México
Marcela Suárez Estrada 114

El Chile neoliberal y los cuerpos nómadas de Diamela Eltit
Rebecca Weber 128

Espacios y actores

Espacio urbano y violencia
Ana Fani Alessandri Carlos 141

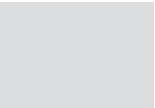
Inequality and drug violence: the crack market
in Recife, Brazil
Jean Daudelin / José Luiz Ratton 159

Violência e reprodução da insegurança nas práticas sociais
em São Paulo
Rainer Wehrhahn / Dominik Haubrich 175

¿Lucha por recursos o lucha por territorio? Conflictos
por agua y energía en la Araucanía
Johanna Höhl 191

Derecho y política

- El Salvador, de regreso al pasado
Marlon Hernández-Anzora 211
- Las desigualdades en la representación de mujeres
en cortes supremas de América Latina
Santiago Basabe-Serrano 220
- A negociação da despossessão: violação de direitos
e violência psicológica na construção da Usina Hidrelétrica
de Belo Monte
Sören Weißfermel 235



Persistencia, cambio y memoria

PASADOS Y PRESENTES DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

Marcos de diagnóstico, núcleos duros interpretativos y preguntas para desafiar el porvenir

Jefferson Jaramillo Marín

Este texto identifica cuáles son y qué características tienen ciertos núcleos y marcos explicativos sobre la violencia en Colombia. Estos marcos y núcleos, derivados en su mayoría de las denominadas comisiones de estudio sobre la violencia y de literatura experta, han contribuido a posicionar lecturas emblemáticas sobre los pasados y presentes de la violencia, y además han aportado a los ejercicios de historización y de memoria de lo acontecido y al perfilamiento de políticas públicas. La aproximación realizada en el texto posiciona algunas preguntas y desafíos, en clave de un programa de investigación en la actual coyuntura crítica y esperanzadora de paz por la que pasa el país.

Cualquier aproximación sobre las violencias nacionales, la naturaleza y los devenires de la guerra, la calidad de la democracia y la construcción de paz en Colombia no puede pasar de largo frente a ciertos marcos y núcleos instituyentes de lecturas y diagnósticos sobre lo ocurrido en los últimos 50 años en el país. Algunos de estos marcos y núcleos son más tradicionales, otros más emergentes, unos más convencionales, otros más disruptivos. Empero, todos ellos influyen en la definición académica de visiones de país, en los ejercicios de historización y de memoria de lo acontecido y en el perfilamiento de políticas públicas. Vehículos legitimadores de ellos han sido los informes de las denominadas comisiones de

JEFFERSON JARAMILLO MARÍN: es sociólogo por la Universidad del Valle de Colombia, magíster en Filosofía Política por la misma universidad y doctor en Investigación Social por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)-México. Desde 2012, dirige el Departamento de Sociología de la Pontificia Universidad Javeriana (PUJ) de Colombia. Participa de la coordinación del Centro de Estudios Sociales y Culturales de la Memoria (Cesycme) y del Eje 1 (Estado, Sociedad y Desarrollo) del Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas de la PUJ. Ha desarrollado diversas investigaciones y publicaciones en el campo de las movilidades sociales, las trayectorias biográficas de migrantes, el análisis de la política pública sobre desplazamiento forzado y la pobreza en contextos urbanos, y ha realizado diagnósticos del daño con víctimas del conflicto armado en Colombia. Desde hace algunos años se interesa por los estudios sociales, políticos y culturales de la memoria, las memorias musicales del Caribe, las perspectivas críticas sobre las transiciones, los análisis sobre la construcción de paz y la justicia comunitaria.

NOTA: el autor agradece la invitación cursada por la FES y el diálogo constante antes y durante el evento con los profesores Thomas Fischer, Sabine Kurtenbach, Sussanne Klengel, Peter Birle y otros colegas que participaron del Congreso de la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina (ADLAF) de 2016.

estudio sobre la violencia (Jaramillo 2014; Jaramillo/Torres)¹ y, también, las estructuras o los dispositivos de negociación creados por el Poder Ejecutivo para los procesos de paz (Arias).

Este texto no se enfoca en estos últimos dispositivos o estructuras, ruta de investigación aún por trasegar en el país; más bien avanza en mostrar cuáles son y qué características tienen los seis principales núcleos y marcos derivados de los informes de algunas de estas comisiones y, sobre todo, de cierta literatura experta sobre el conflicto.

A manera de cierre, planteamos algunas preguntas y provocaciones que generan aún estos marcos y núcleos para enfrentar en el futuro y desafiar el porvenir, en medio del éxtasis por la paz, en clave de un programa de investigación.

¿POR QUÉ HABLAMOS DE MARCOS DE DIAGNÓSTICO Y DE NÚCLEOS DUROS INTERPRETATIVOS?

La noción de marco no se entiende aquí como el encuadramiento de la experiencia biográfica, es decir, la conectada con la escenificación de los individuos en la sociedad (Goffman); ni tampoco como el encuadramiento de la acción colectiva, es decir, la relacionada con los sentidos individuales o colectivos de movilización de agendas de cambio y de reforma desde el ejercicio contencioso, tal y como proponen David Snow y Robert Benford (1992).

La noción de marcos abordada en este texto más bien se nutre de la categoría de dispositivo sistematizada por Giorgio Agamben (2011), en tanto los comprende como un conjunto de dispositivos, formaciones o encuadres discursivos más o menos institucionalizados que tienen una función estratégica dominante dentro de un campo de conocimiento. Estos llegan a formar unos regímenes discursivos que, para el caso colombiano, han adquirido mayoría de edad y competencia con preponderancia en la academia.

Los marcos de diagnóstico del conflicto colombiano corresponden a un ensamble de una sucesión de asociaciones entre elementos heterogéneos explicativos, posturas políticas, agendas públicas, agentes plurales y formas

1. Estos andamiajes institucionales no son comisiones de verdad, como habitualmente se los conoce en otras latitudes, dado que no han tenido el mandato ni la vocación expresa dentro de un «modelo estándar de transicionalidad» de esclarecer lo ocurrido desde distintas voces, esbozar responsabilidades institucionales, recomendar macrorreformas o contribuir a la reconciliación de un país (Castillejo; Hayner; Kalmanovitz; Nauenberg).

de archivo de lo ocurrido (Latour; Emirbayer). Es decir, los marcos involucran diversos tipos de agentes, ensambles y registros sobre nuestros pasados y presentes. La configuración del marco ocurre dentro de un campo de poder (Bourdieu 1985 y 2003) y, por tanto, poseen algunas características internas y externas.

La primera característica es que están conformados por asociaciones diversas en las que se entremezclan dispositivos metodológicos, tramas explicativas, anatomías académicas, memorias sociales e históricas, recomendaciones públicas. Todas ellas están orientadas a comprender distintas vías para la superación de las causas, los daños y los saldos del conflicto en el país.

La segunda característica es que son construidos y legitimados principalmente por comisiones de estudio, académicos, observatorios gubernamentales o no gubernamentales y agencias de cooperación internacional. Los sectores que alimentan estos marcos y sus núcleos lo hacen desde su vivencia temporal, su conocimiento, sus trayectos biográficos o sus intereses globales.

La tercera característica es que tienen una enorme capacidad de adaptación. Habiendo sobrevivido a distintas coyunturas críticas, los marcos cambian y se mimetizan con nuevas demandas y agendas. Debates que parecen de actualidad en medios de comunicación o en espacios de decisión política son más reciclados de lo que se cree, con algunos aderezos, algo así como «viejo vino en odres nuevos»: la terminación del conflicto armado, la paz territorial, la cuestión rural, la apertura del espacio democrático para la disidencia política. Algunos temas, no obstante, como la centralidad de las víctimas, las agendas de reparación, justicia, memoria y reconciliación son más novedosos y están articulados a «climas de época».

La cuarta característica es que sus exponentes y vehículos expresan un tránsito, dentro de un campo de poder, de los estudios sobre la violencia como subcampo de investigación a una enorme empresa académica. En ella habitan distintas prácticas investigativas o «bricolajes académicos»: las experticias críticas, los teóricos de retaguardia, los activismos circunstanciales, los activismos teóricos, los contextualismos radicales o los intelectuales-consultores.

Finalmente, dentro de estos marcos interpretativos existen aspectos discursivos insoslayables, alrededor de los cuales se han mantenido ciertos consensos o también disensos, pero en todo caso «puntos de firmeza» en las experticias. Denominaremos estos puntos de firmeza, siguiendo a Imre

Lakatos (1989), «núcleos duros interpretativos». En la revisión que proponemos, abordamos seis de estos núcleos duros bajo la forma de parejas temáticas e invitamos a que otras pesquisas posteriores puedan ampliar o reconfigurar lo aquí propuesto.

SEIS NÚCLEOS INTERPRETATIVOS ALREDEDOR DE LOS PASADOS Y PRESENTES DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

El primer núcleo duro gira alrededor de la pareja temática: *agravios históricos versus factores de prolongación*. Dos ideas-fuerza resultan claves de mencionar en torno de ello. La primera es que, en general, en la literatura nacional sobre conflicto, es evidente la existencia de una pluralidad nominativa para hablar de «sustratos o agravios históricos». La segunda es un notorio desplazamiento en el terreno discursivo y en las agendas públicas hacia los denominados «factores de prolongación» del conflicto. Expliquemos esto.

Desde el célebre libro *La violencia en Colombia*, publicado entre 1962 y 1963, hasta el reciente informe de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV), pasando por una extensa literatura nacional e internacional, han circulado en la academia expresiones diversas para hablar de la génesis de lo ocurrido: «causas objetivas», «agrietamientos estructurales», «multiplicidad de causas», «causas necesarias y suficientes», «causalidades fundamentales», «causas subyacentes», «causas estructurales», «causas objetivas», «causas subjetivas», «determinantes históricos», «génesis contextuales», etc.

Con diversos grados de auge y declive y dependiendo también del *background* teórico de los exponentes, las coyunturas históricas y los climas de paz, estos sustratos reciben diversidad de explicaciones y acentos (Uribe 2015; Medina). De hecho, entre los más mencionados, están: la pobreza estructural, el desempleo crónico, la desigualdad agraria, la debilidad institucional, la ineficiencia administrativa del Estado, la injerencia militar de Estados Unidos, el cerramiento del sistema político, la captura violenta de rentas, la organización disfuncional de la sociedad, la inexistencia de un régimen político que integre, etc. Entre todos estos sustratos, hay unos que resultan «inamovibles explicativos» a lo largo y ancho de la literatura y de los actores en contienda.

Sin desconocer que la preocupación por los sustratos tiene demanda histórica en el país, pero también centralidad entre los delegados de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en La Habana –para muestra, el informe de 2015–, y la tendrá aún más para el Ejército de

Liberación Nacional (ELN) en la negociación venidera, algunos analistas hablan de un desplazamiento creciente en el debate y en la literatura hacia los «factores prolongadores» de la guerra. Es decir, un tránsito hacia los generadores de marcos de oportunidad con potencial de transformación «rápida». Este tema no es menor en la discusión. ¿A qué se debe esto?

El debate sobre los sustratos, causas, explicaciones genéticas para muchos expertos y técnicos, si bien es importante, tiene el riesgo de situar la discusión en un «punto seco». Lo anterior denota varias cosas: la diversidad comprensiva sobre lo ocurrido, la pluralidad política y social de las trayectorias de los guerreros, los sesgos interpretativos de las elites y de los agentes armados, los tiempos administrativos de la paz, los costos infraestructurales y comunitarios de la guerra, las urgencias e inmediateces de la opinión pública.

Hoy por hoy, se sugiere que hablar de factores prolongadores permite reconocer con principio de realidad lo que debe ser «removido estratégicamente» o aquellas «condiciones de fondo urgentes» que hay que transformar si lo que se busca es la sostenibilidad y duración de un postacuerdo (Pizarro; Uribe 2015). En torno de este último asunto, encontramos un relativo acuerdo y complementariedad tanto de las experticias como en los informes institucionales. Diversos informes de comisiones (por ejemplo, CHCV; CNMH) o de organismos de desarrollo global y de defensa de los derechos (PNUD, Human Rights Watch, Codhes) o de analistas (Uribe 2015 y 2013) señalan una lista bastante larga de estos factores prolongadores, algunos de ellos similares o iguales a los sustratos arriba descritos. Así, por ejemplo, entre ellos tenemos: la economía de guerra regional, la desigualdad agraria, la precariedad institucional, la fragmentación territorial, un sistema clientelar predatorio, el crecimiento exponencial del secuestro y la extorsión, el uso de prácticas privadas de justicia, el crecimiento de ejércitos irregulares, la combinación perversa entre urnas y votos, la precaria regulación de los derechos de propiedad, el vínculo negativo de las elites con el desarrollo del conflicto, el estilo de desarrollo regional de acumulación excluyente y de evidente sesgo anticampesino, el desplazamiento como arma de guerra, el clima crónico de impunidad y la persistencia de la amenaza.

Respecto a este primer núcleo duro, deben reconocerse al menos dos cuestiones centrales en el terreno de lo discursivo. De una parte, que la diversidad nominativa de los sustratos no ha escapado ni a los tintes ideológicos-normativos (Chambers), ni a diversas críticas tanto de aquellos que han desestimado su importancia explicativa como de aquellos que consideran que niegan la agencia de los sujetos (Wills). De otra parte, para

muchos sectores, entre ellos las FARC y muchos académicos críticos del establecimiento de cosas, explicar las causas sigue siendo necesario y central. No obstante, han realizado un deslizamiento ideológico, incluso cediendo pragmáticamente en sus inamovibles explicativos.

El segundo núcleo protagónico en la explicación y comprensión del conflicto colombiano tiene que ver con la pareja *continuidades versus discontinuidades*. De uno u otro ángulo, existen posicionalidades diversas. De un lado, están las lecturas del conflicto que interpretan la historia nacional como una enorme «trama de violencias omnipresentes». Esta tendencia es cada vez menos célebre entre los expertos, pero aún tiene sus defensores. En ella contribuyeron mucho los informes de las comisiones de estudio sobre la violencia, de los cuales derivan célebres expresiones como las de «cadenas atávicas» (Comisión del 58) y «cultura de la violencia» (Comisión de Expertos de los años 80).

Un estertor de ello se observa en la última comisión de estudios, cuando se habla de «grietas geológicas» (CHCV). Recientemente, da la impresión de encontrar algo de ello en el título de un trabajo de un reputado intelectual que visita con relativa frecuencia nuestro país: «¿otros cien años de soledad?» (Robinson 2016 y 2013).

Están también las visiones que ven la continuidad en términos de un alargado y casi infinito océano de victimizaciones y justificaciones de perpetración en un mismo sujeto o en unas mismas comunidades a lo largo de la historia. Océano que a la vez que ahoga las esperanzas también destaca las enormes posibilidades y anclajes creativos para pensar un proyecto distinto de país. Estas interpretaciones derivan de varias fuentes.

En primer lugar, de las denominadas «literaturas del yo» sobre el conflicto, escritas por hombres de batalla, víctimas del secuestro o víctimas anónimas potenciadas por organizaciones no gubernamentales (Franco/Nieto/Rincón). En segundo lugar, las encontramos en varios de nuestros ensayistas literarios, en ciertas obras de Gabriel García Márquez, William Ospina, Héctor Abad Faciolince, Fernando Vallejo, Juan Gabriel Vásquez, etc.

A ello se suman las miradas que señalan que cualquier visión «continuista» u «oceánica» en torno de nuestras violencias forma parte de un «mito comprensivo» de nuestro pasado reciente. Sus defensores señalan que la «evidencia empírica» es la única que puede destronar el mito. Sirve para ejemplificar esta perspectiva la afirmación realizada hace algunos años por dos analistas cuando señalaban que el mito podía ser derrotado mostrando, por ejemplo, que la intensidad de las violencias homicidas (criterio muy

utilizado hace mucho y aún hoy) es muy variable a lo largo de varias décadas y no puede ser el criterio «decisivo» o el de mayor peso para definir nuestra historia o nuestra memoria (Palacios/Safford).

Finalmente, tenemos las visiones que insisten en lo que podría denominarse, sin ánimo peyorativo, el «popurrí» de los puntos de encuentro y de los puntos de ruptura (Pécaut 2003b, pp. 30-31; Pécaut 2015; Gutiérrez); o las lecturas que demandan la necesidad de «comparaciones» con otros países para mostrar que no somos históricamente ni más ni menos violentos que otros en su afán por constituirse como Estados-nación (Deas; Wills); o las de «combinaciones analíticas» entre contradicciones estructurales y tensiones de orden regional y local en la formación de lo estatal (González; Vásquez).

Aunque ambas lecturas recreen de forma distinta la realidad nacional y puedan ser leídas bajo un estatus epistemológico y político diferenciado, terminan conjugándose como núcleo duro de la discusión una y otra vez en los marcos interpretativos. No nos hemos salido al día de hoy de este núcleo, y es posible que no lo hagamos. Además, la selección, edición y legitimación de ciertos hechos e hitos relevantes para entendernos como país pasa por ese duelo entre lo continuo y lo discontinuo.

El tercer núcleo es el referido a las *periodizaciones largas o cortas*. Los que defienden las continuidades entre violencias son más partidarios de periodizaciones largas, mientras que los que defienden las discontinuidades de los procesos son más amigos de periodizaciones acotadas (Pizarro).

En este juego de periodizaciones, a nuestro entender hay una combinación de varias cosas que deberían ser tenidas en cuenta en el debate. De un lado, el interés, en general, de las experticias por utilizar periodos para leer procesos, hitos y actores y no perder de vista la historicidad de lo acontecido. De otro lado, la toma de posición política respecto de estos periodos (sea esta abiertamente crítica, aséptica, abiertamente prosistema o una combinación de las tres); adicionalmente, el interés de algunos actores, sobre todo las que podríamos denominar «burocracias transicionales» (pensemos en la Unidad de Víctimas, el Centro Nacional de Memoria Histórica, la Agencia Colombiana para la Reintegración, la Unidad de Restitución, el Ministerio del Posconflicto), que por vía de los mandatos derivados de la Ley de Justicia y Paz y la Ley de Víctimas «calzan» o «ajustan» la visión experta con la lógica administrativa.

Esto último no siempre ha devenido en buenos balances para los sujetos usuarios de las políticas, dado que conjugar y lograr ensambles más o

menos sensibles y justos entre periodizaciones históricas y lógicas jurídico-administrativas de reparación o de justicia o de verdad es y ha sido parte de nuestro batiburrillo transicional.

Ahora bien, en la defensa de las periodizaciones alargadas se comparten entre los expertos ciertos hitos de inflexión que tienen un «carácter estructurador», por ejemplo, los inicios de los conflictos agrarios (Alfredo Molano, Darío Fajardo, Javier Giraldo, Jairo Estrada); o el bloqueo democrático frente-nacionalista (Sergio de Zubiría; Víctor M. Moncayo; Comisión de Estudios sobre Violencia) o el asesinato de Gaitán (Comisión del año 58) o la injerencia norteamericana (Renán Vega).

Respecto a las periodizaciones más achicadas, en general se comparte la idea de comenzar desde los años 60 e ir destejiendo desde allí lo que se podría denominar «hitos comprensivos» (CNMH). Aquí están los que defienden la parsimonia explicativa de mecanismos (Francisco Gutiérrez; María Wills, Jorge Giraldo para el caso de la última comisión). O los que defienden una lectura claramente prosistema, como Vicente Torrijos, también en la última comisión.

Por ahora, diremos alrededor de este juego de cronologías y posicionalidades que, más allá de si cubren hitos de inflexión, hitos comprensivos o si responden a mecanismos o lecturas prosistema, no es fácil en el tejido de las explicaciones de lo ocurrido deducir con claridad dónde abrir y cerrar la temporalidad del conflicto colombiano. Acortar, expandir, retraer o amplificar los periodos de nuestra guerra está teniendo ya impactos diversos en decisiones de política pública y tendrá mucho efecto de realidad hacia delante dentro de la Comisión de Esclarecimiento, Convivencia y No Repetición.

El cuarto núcleo de discusiones lo encontramos en torno de lo que denominamos el *pragmatismo jurídico-político versus la complejidad denominativa de lo ocurrido*. Diversos sectores, a lo largo de varias décadas, han otorgado singulares justificaciones y pesos argumentativos diferenciados a lo uno y lo otro.

Entre los defensores del pragmatismo nominal, están los que consideran que nombrar lo que sucede en el país como un «conflicto armado irregular» es ajustarse a lo que esgrimen los mandatos internacionales como las convenciones de Ginebra sobre conflictos armados y sus protocolos adicionales, por ejemplo, el Protocolo II de 1977. Esta lectura políticamente correcta es compartida en el último informe de la CHCV. En general, es la postura del actual gobierno, aunque no lo fue del anterior, y es también

la postura de organismos cooperadores, ONG nacionales y agentes cooperadores internacionales.

Entre los amigos de la complejidad denominativa, el asunto es más entretenerado, debido a la multiplicación constante de la terminología a lo largo de varias décadas, con diversos rangos de comprensión, así como justificaciones ético-políticas provenientes tanto de académicos como de muchas clases de activismos sobre el rol de las víctimas, de los perpetradores, de las elites, de la sociedad en general. Al igual que lo que ocurre con la pluralidad de las denominaciones de los sustratos históricos del conflicto, la terminología utilizada por la academia es difícil de resumir en este texto; solo podemos referir a riesgo de ligereza algunas de ellas: «conflicto civil», «conflicto multidimensional», «conflicto armado y político», «conflicto social armado», «guerra civil», «guerra contra la sociedad», «guerra antiterrorista», «guerra contrainsurgente», «guerra civil posmoderna», etc.

Frente a estas dos posturas, una posición para contemplar es la que proviene de lo que podemos denominar el «revisionismo instigador o instrumentado», motivado por un sector del activismo proselitista e intelectual de derecha en el país, para el que todo lo relacionado con la denominación «conflicto armado» es inadecuado, impreciso y cargado de sectarismo, pues desconoce que el Estado colombiano en tanto legítimamente instituido y constituido no está ni ha estado nunca en conflicto con nadie, sino más bien «asediado por los violentos y por el terrorismo».

El asunto de cómo nombrar lo que ha pasado en el país no es simplemente un juego de nombres. Alrededor de ello hemos asistido a una evidente esgrima de posicionalidades que ha llevado a extremismos, polaridades y correcciones políticas.

El quinto núcleo tiene relación con la *cuantificación versus la cualificación*. Diversos informes y analistas a lo largo del conflicto han tratado de encontrar, explicar y describir las magnitudes y los sentidos de la guerra. Entre los generadores de estimativos y tendencias estadísticas (los cuantificadores), encontramos unos más prudentes, otros más amplios en sus registros, pero todos interesados por comprender las magnitudes de nuestra guerra. Su aporte principal ha estado en el señalamiento de los impactos de la guerra en la infraestructura, la desestructuración de las economías locales, los saldos negativos para la democracia. Entre los constructores de tipificaciones exhaustivas (los cualificadores), se han ubicado aquellos que han privilegiado la tipificación de los hechos, daños e impactos sobre territorios, poblaciones, organizaciones, grupos e individuos.

En el primer caso, lo que tenemos es un amplio y escandaloso repertorio de cifras de daños estructurales; en el segundo, un enorme y cuantioso repertorio de dolores por víctimas y por regiones. Ambos registros no son excluyentes, de hecho, aparecen entrecruzados en el informe *¡Basta ya!* (CNMH) y en el Informe de la CHCV (2015). Ya, de hecho, también aparecieron en el libro *La violencia en Colombia*, que no ahorró esfuerzo en situar cifras e imágenes impactantes, de gran ruptura y debate en su momento.

Alrededor de estos registros, pese a ciertos consensos en la comunidad de expertos y en diversos sectores organizativos, también se ha generado una enorme disputa, que tiene que ver con la calidad descriptiva de los relatos, con la potencia generalizadora de los guarismos, con el rigor y la diversidad de las fuentes, con el tinte interpretativo de las experticias.

Dentro del marco de diagnóstico de nuestro conflicto, ambos registros conforman lo que podemos denominar el «archivo público del dolor». Este archivo ha sido materializado en un plural grupo de artefactos públicos narrativos, por ejemplo, los informes de las distintas comisiones antes del Grupo de Memoria Histórica o, recientemente, en más de 50 informes producidos desde 2008 hasta el día de hoy.

Al menos, el archivo público institucional ya supera en páginas lo que representaron para muchos países los informes de las comisiones de la verdad. Su centralidad radica en que revela con detalle las dimensiones de la ingeniería del horror, a la vez que abre y socializa a la opinión pública, como nunca antes, las lógicas regionales y locales de la guerra.

Finalmente, tenemos el núcleo discursivo que denominamos *ingeniería del posconflicto versus infraestructuras de la paz*. Frente a este tema, consideramos importante comenzar señalando que Colombia, según Angelika Rettberg en un artículo de 2012, es el país de América Latina que más entidades de intervención asociadas directa o tangencialmente con la paz y/o el desarrollo ha tenido.

En nuestra óptica, este tema no resulta menor si tenemos en cuenta que es el país con más comisiones de estudio sobre la violencia. Es decir, no solo hemos tenido tiempo en esta larga confrontación para «anatomías académicas de la guerra» sino también para enormes «cirugías institucionales de sus secuelas». Cirugías que podemos rastrear desde 1956 con la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) o la Oficina para la Rehabilitación de 1958, la antecesora de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) creada en 2005. A este protagonismo institucional

se sumaría un activismo social por la paz, lo que también podría denominarse «gramáticas de la paz», que en el país han estado en la escena desde mediados de los 80 con programas de derechos humanos, paquetes humanitarios, con agendas de paz y con redes y movimientos por la paz a escala regional (Aparicio; García Durán; Romero; Roth).

El protagonismo de un lado y el activismo de otro, las arquitectónicas para el trámite de una parte y las gramáticas para la movilización de otra, las anatomías de la guerra y las alquimias de la paz conjugadas o separadas entre sí, van a ser repotenciadas a partir de mediados de 2000, con el desarrollo de un marco político-normativo que convirtió los paquetes de la justicia transicional, que habían estado llegando a cuentagotas, en imperativos institucionales. En medio de ello, las víctimas «transitaron de ser anónimos de la esfera pública y de las agendas de intervención, a protagonistas de la acción jurídico-ético-política» (Jaramillo 2016). Además, se multiplicaron los laboratorios de la experticia, las estrategias y proyectos del humanitarismo y los organismos de derechos humanos, los lenguajes transicionales, las tecnologías de reconocimiento y reparación, las cajas de herramientas para reconstruir los pasados y avizorar los tiempos de la transición (Jaramillo 2016; Aparicio; Salazar-Jaramillo).

Ahora bien, este último núcleo nos permite comprender que estamos moviéndonos desde hace algunos años entre un «imperativo transicional» y una «ingeniería del posconflicto», esta última alimentada por enormes paquetes tecnopolíticos y económicos para la paz, desde finales de 2000 (Rettberg). De forma adicional, como lo han destacado algunos analistas, entre ellos Mauricio Uribe (2015), la discusión parece estar al orden del día entre los que se enfocan en las operaciones de construcción de paz más normativas y prescriptivas y los defensores de visiones más multinivel. Si bien para algunos hay una balanza a favor de estas apuestas, creemos que la discusión académica —no el activo de la paz ni los esfuerzos organizativos, comunitarios e institucionales— sigue muy anclada a pensar los dispositivos macro y, sobre todo, con una hegemonía de la ciencia política.

EPÍLOGO: PREGUNTAS PARA AFRONTAR EL PORVENIR

A lo largo de esta presentación, hemos mapeado algunos de los principales encuadres de los marcos interpretativos sobre la violencia en el país. Nos hemos enfocado en lo que consideramos son las claves de lectura, los núcleos duros de la discusión experta sobre los pasados y presentes de nuestras violencias. Lo que nos interesa ahora es referir algunas preguntas que quedan abiertas.

Hablamos de enfrentar el futuro o de imaginar el porvenir, siguiendo al antropólogo Alejandro Castillejo (2015), que esgrime que la «posibilidad de la paz no solo se da en el terreno de negociaciones de grupos de poder económicos y políticos concretos, sino en la capacidad de reconstruir las relaciones de proximidad y confianza corroídas por el conflicto armado», ocurre fundamentalmente en el terreno de la imaginación del porvenir.

Esto nos exige pensar las gramáticas de la paz, no solo las anatomías de la guerra o las arquitectónicas o diseños tecnopolíticos para el posconflicto (Jaramillo 2016). Esta apuesta se encuentra en la dirección de comprender cómo desde los marcos interpretativos de la guerra descritos hasta aquí, desde cada uno de los núcleos duros, podemos avizorar algunas preguntas claves para el retorno o rehabilitación de lo cotidiano² de la paz. Quizá también ello nos permita imaginarnos, desde ahora y hacia delante, un gran programa de investigación.

Respecto al *primer núcleo*, consideramos que, en tanto los factores prolongadores y las causas tienden a parecerse o entrelazarse, las preguntas que resultan pueden ser del tipo: ¿qué hacer de cara a una eventual comisión de la verdad en el país, dónde colocar el acento: en los sustratos, en los factores de prolongación o en una combinación de ambos? ¿Cuáles causas y factores siguen generando más disputa y a qué costo? ¿Cuáles hay que desactivar primero en los territorios? ¿Cómo combinar las dos miradas, sin desconocer la especificidad? ¿Qué implicaciones está teniendo ya en la mesa de negociación con las FARC y de cara al postacuerdo, el reconocimiento a medias o la negación de forma instrumental de los factores prolongadores y las causas?

Frente al *segundo núcleo*, pareciera que no es fácil escapar de las continuidades, por más que reconozcamos la importancia decisiva en la interpretación de las discontinuidades de nuestras violencias. Sin embargo, vale preguntarse: ¿la gran trama de omnipresencias de nuestras violencias está solo presente en los relatos o es solo un tema de ajustes conceptuales, derivas expertas? ¿Qué ocurre cuando en los territorios, en las trayectorias, en los procesos locales, en los relatos, seguimos encontrando una conjugación de múltiples e históricas violencias?

En torno del *tercer núcleo*, si bien es cierto que las capas de nuestro conflicto son demasiado entreveradas y superpuestas, es clave preguntarse: ¿en qué medida esa superposición o el entrelazamiento de diversas cronologías y capas afecta la producción del relato histórico y de diversas memorias, de las reparaciones, de las justicias o el trabajo de una

2. Tomamos prestadas estas nociones de Veena Das (2008) y Francisco Ortega (2008).

Comisión de Esclarecimiento? Las capas y cronologías que son válidas para los expertos y las instituciones ¿en qué medida son disputadas en los territorios y por las comunidades? ¿Qué tanto esto afecta, impacta, transforma los códigos instituidos sobre lo transicional?

De cara al *cuarto núcleo*, es claro que existen diversas justificaciones para esgrimir muchas nominaciones a lo que en el país ha ocurrido. Pero ¿no serán el pragmatismo nominal y el revisionismo instigador formas declaradas de ocultamiento o exculpación de las elites y de amplios sectores de la sociedad de responsabilidades en lo ocurrido en el país? ¿Será posible evitar esto o al menos controlarlo en una etapa de postacuerdo? ¿Afectará definitivamente hacia delante este pragmatismo y revisionismo instrumentado? ¿En qué medida?

Alrededor del *quinto núcleo*, se deduce que hace mucho que el archivo cualitativo y cuantitativo de nuestro conflicto es enorme, pero ¿qué pasa con lo no dicho, lo no revelado, lo no conocido, lo que corre el riesgo de ser destruido en clave de este archivo público del dolor? ¿Qué pasa con eso que Veena Das llama el conocimiento envenenado? ¿Pueden amplificar o no la mirada de lo ocurrido estos nuevos fragmentos de archivos, alrededor de las causas, los factores de prolongación, las continuidades o discontinuidades, la periodización del conflicto, los responsables? ¿Cómo ensamblar las distintas piezas de archivos existentes en el país, los que siempre han tenido protagonismo y los que no lo han probado? ¿Cómo acceder, administrar, utilizar, preservar, hacer público este archivo tan disímil entre sí, con material delicado, confidencial, de reserva?

Finalmente, en torno del *sexto núcleo*, con miras a indisciplinar y desestabilizar la paz, vale preguntarse: ¿cuál es la fuerza real y efectiva, en los debates públicos y académicos, de las infraestructuras de paz, donde lo que cuentan son los entrelazamientos entre los vínculos y capacidades institucionales y las habilidades y los acumulados comunitarios (Lederach en Uribe 2015)? ¿Cómo entran en estos debates las institucionalidades comunitarias de vieja estirpe que fueron fracturadas por la guerra y que podrían jugar hoy un papel central de cara a la paz territorial (juntas de acción comunal, mandatos populares, constituyentes locales, justicias comunitarias, zonas de reserva campesina, etc.)?

Bibliografía

Agamben, Giorgio: «¿Qué es un dispositivo?» en *Sociológica* año 26 N° 73, 2011, pp. 249-264.

- Aparicio, Juan Ricardo: *Rumores, residuos y Estado en la «mejor esquina de Sudamérica»*. Una cartografía de lo «humanitario» en Colombia, Uniandes, Bogotá, 2012.
- Arias, Gerson: «Una mirada atrás: procesos de paz y dispositivos de negociación del gobierno colombiano», Serie Working Papers N° 4, Fundación Ideas para la Paz, Bogotá, 2008.
- Bourdieu, Pierre: *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Akal, Madrid, 1985.
- Bourdieu, Pierre: *Las estructuras sociales de la economía*, Anagrama, Barcelona, 2003.
- Castillejo, Alejandro: *La imaginación social del porvenir. Reflexiones sobre comisiones de la verdad*, Clacso, Buenos Aires, 2015.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH): *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*, Imprenta Nacional, Bogotá, 2013.
- Chambers, Paul: «En busca de las causas del conflicto armado colombiano y las violencias: analizando los comienzos de una tendencia científico social» en *Discusiones Filosóficas* vol. 14, 2013, pp. 279-304.
- Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV): *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*, Desde Abajo, Bogotá, 2015.
- Das, Veena: «La antropología del dolor» en Francisco Ortega (ed.): *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*, Pontificia Universidad Javeriana / Universidad Nacional, Bogotá, 2008, pp. 409-436.
- Deas, Malcom: «Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y violencia» en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (comps.): *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, La Carreta Histórica, Medellín, 2009, pp. 81-87.
- Emirbayer, Mustafá: «Manifiesto en pro de una sociología relacional» en *Revista CS*, 2011.
- Fals Borda, Orlando, Germán Guzmán y Eduardo Umaña: *La violencia en Colombia*, Taurus, Bogotá, 2006.
- García Durán, Mauricio: *Movimientos por la paz en Colombia 1978-2003*, PNUD / Cinep / Colciencias, Bogotá, 2006.
- Giraldo Ramírez, Jorge: *Guerra civil posmoderna*, Siglo del Hombre / Universidad de Antioquia / Universidad EAFIT, Bogotá, 2009.
- Goffman, Erving: *Los marcos de la experiencia*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2006.
- González, Fernán: *Poder y violencia en Colombia*, Odecofi / Cinep, Bogotá, 2015.
- Gutiérrez, Francisco: «¿Una historia simple?» en Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*, Desde Abajo, Bogotá, 2015.
- Hayner, Priscilla: *Verdades innombrables*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2008.
- Jaramillo, Jefferson: «Expertos y comisiones de estudio sobre la violencia en Colombia» en *Estudios Políticos* N° 39, 2011, pp. 231-258.
- Jaramillo, Jefferson: *Pasados y presentes de la violencia en Colombia. Estudio sobre las comisiones de investigación, 1958-2011*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2014.
- Jaramillo, Jefferson: «Ciencias sociales, construcción de paz y memorias transformadoras en Colombia. Provocaciones y desafíos», ponencia presentada en el I Encuentro

- Internacional y el VI Encuentro Institucional sobre Tendencias en Investigación en Ciencias Sociales y Trabajo Social, «Reflexiones en torno a la Paz», Fundación Universitaria Unimonserrate, 22-24/4/2015, Bogotá.
- Jaramillo, Jefferson: «Entre las arquitectónicas y las gramáticas. Apuntes, desafíos y reaprendizajes acerca de los derechos humanos, las políticas públicas y la justicia social en un contexto como el colombiano», conferencia presentada en el 15º Congreso Colombiano de Trabajo Social «Aprendizajes para la paz: dilemas y desafíos», Neiva, Huila, 17-19/8/2016.
- Jaramillo, Jefferson y Johanna P. Torres: «Comisiones históricas y Comisión de la verdad en Colombia. Lecturas históricas y claves para entender desafíos entre unos y otros dispositivos» en Camilo González Posso y Carlos Eduardo Espitia (eds.): *En la ruta hacia la paz. Debates hacia el fin del conflicto y la paz duradera*, Secretaría de Gobierno / Centro de Memoria Paz y Reconciliación / OEI / IPAZUD / Universidad Santo Tomas / Pontificia Universidad Javeriana / Cesyhme / Indepaz, Bogotá, 2015, pp. 29-57.
- Kalmanovitz, Pablo: «Verdad en vez de justicia. Acerca de la justificación de las comisiones de verdad», trabajo presentado en el Seminario Internacional Justicia Transicional en la Resolución de Conflictos y Secuestro en Colombia, Bogotá, 2005.
- Lakatos, Imre: *La metodología de los programas de investigación*, Alianza, Madrid, 1989.
- Latour, Bruno: *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*, Manantial, Buenos Aires, 2008.
- Medina, Luis F.: «A Critique of Resource-Based Theories of Colombia's Civil War» en *Análisis Político* N° 62, 2008, pp. 44-57.
- Nauenberg, Saskia: «Spreading the Truth: How Truth Commissions Address Human Rights Abuses in the World Society» en *International Sociology* vol. 30 N° 6, 2015, pp. 654-673.
- Ortega, Francisco: «Rehabitar la cotidianidad» en F. Ortega (ed.): *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*, Pontificia Universidad Javeriana / Universidad Nacional, Bogotá, 2008, pp. 15-69.
- Palacios, Marco y Frank Safford: *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*, Norma, Bogotá, 2002.
- Pécaut, Daniel: «Violencia y política. Cuatro elementos de reflexión teórica alrededor del conflicto colombiano» en *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2003a, pp. 17-27.
- Pécaut, Daniel: «Acerca de la violencia de los años cincuenta» en *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2003b, pp. 29-44.
- Pécaut, Daniel: «Ciudadanía aleatoria, transacciones y violencia» en *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2003c, pp. 93-112.
- Pécaut, Daniel: «Un conflicto armado al servicio del status quo social y político» en Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*, Desde Abajo, Bogotá, 2015.

- Pizarro Leongómez, Eduardo: «Una lectura múltiple y pluralista de la historia» en Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*, Desde Abajo, Bogotá, 2015.
- Rettberg, Angelika: «Construcción de paz en Colombia: contexto y balance» en A. Rettberg (ed.): *Construcción de paz en Colombia*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2012, pp. 3-50.
- Franco, Natalia, Patricia Nieto y Omar Rincón: «Las narrativas como memoria, conocimiento, goce e identidad» en N. Franco, P. Nieto y O. Rincón (eds.): «Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia», Documento de Trabajo N° 10, FES, Bogotá, 2010, pp. 11-41.
- Robinson, James: «Colombia: Another 100 years of Solitude?» en *Current History*, 2013, pp. 43-48.
- Robinson, James: «La miseria en Colombia» en *Desarrollo y Sociedad* N° 76, 2016, pp. 9-90.
- Romero, Flor Alba: «El movimiento de derechos humanos en Colombia» en Mauricio Archila y Mauricio Pardo (eds.): *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*, Universidad Nacional de Colombia / Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2001.
- Roth Deubel, André-Noel: *Discurso sin compromiso. La política pública de derechos humanos en Colombia*, Ediciones Aurora, Bogotá, 2006.
- Salazar-Jaramillo, Pablo (2014): *Etnicidad y victimización. Genealogías de la violencia y la indigenidad en el norte de Colombia*, Uniandes, Bogotá, 2014.
- Snow, David y Robert D. Benford: «Master Frames and Cycles of Protest» en Aldon Morris y Carol McClurg Mueller (eds.): *Frontiers in Social Movement Theory*, Yale University Press, New Haven, 1992.
- Uribe, Mauricio: *La nación vetada. Estado, desarrollo y guerra civil en Colombia*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2013.
- Uribe, Mauricio: «Ordenamiento territorial como infraestructura de paz en Colombia», ponencia presentada en el VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 22-24/7/2015.
- Vásquez, Teófilo: *Territorios, conflicto armado y política en el Caquetá: 1900-2010*, Uniandes, Bogotá, 2015.
- Wills, María E.: «Los tres nudos de la guerra colombiana» en Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*, Desde Abajo, Bogotá, 2015.